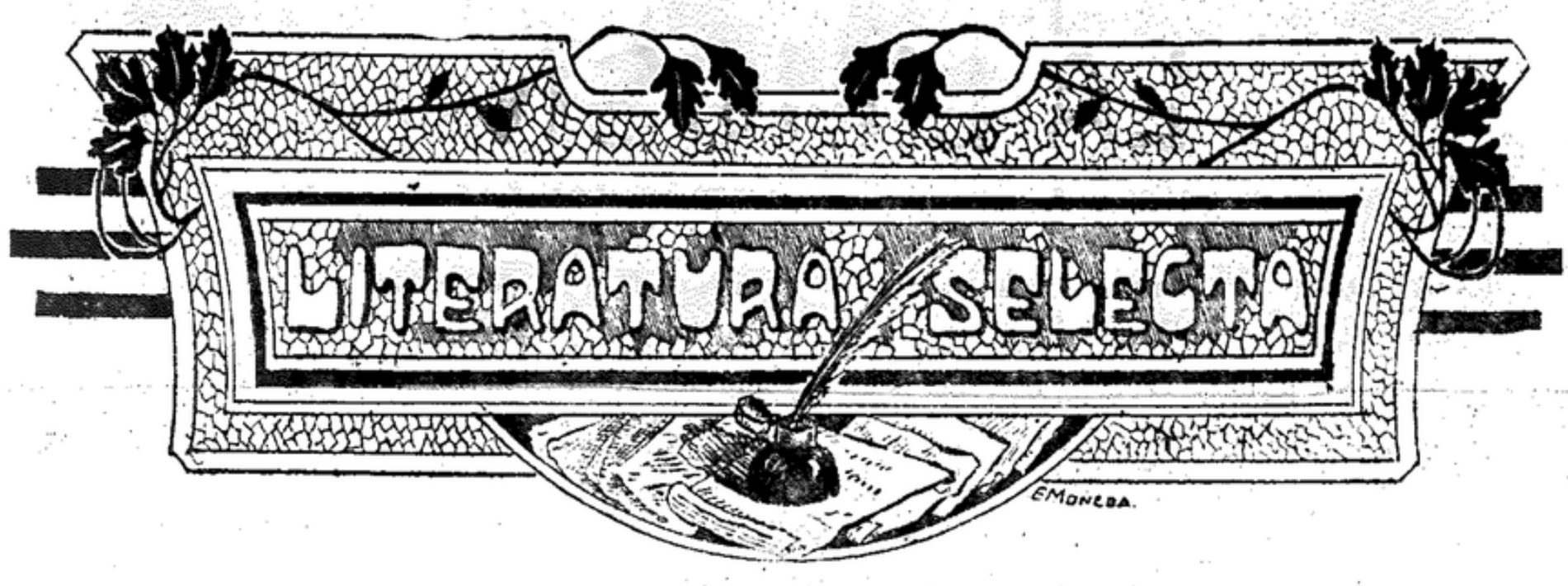

SOBRE EL CONCEPTO DE BARBARIE

Federico el Grande —el grande cínico— decía: «hago siempre lo que me da la real gana, y luego nunca faltan en mi reino filósofos pedantes que inventan razones y teorías irrebatibles con que justificar mis actos». Acaso esta es la mejor explicación de la filosofía bárbara. Según ella, la inteligencia cumple menesteres ancilarios, serviles, del instinto. El instinto, en pleno señorío, exige la satisfacción de sus concupiscencias y apetitos; luego, a la inteligencia, profesionalmente adiestrada al efecto, le cumple hallar una justificación teórica y dogmática. Durante la Edad Media era aforismo de las escuelas que la filosofía no podía ser sino ancila, criada de la teología. Y la teología no representaba tanto la ciencia de Dios cuanto el cimiento misterioso del poder temporal del papado y del derecho divino de los reyes. La barbarie, en todos sus aspectos supone una escala o gradación de jerarquías arbitrarias, las cuales respectivamente se humillan, con indecorosa bajeza, a la que les es superior, y se imponen, con insolente tiranía, a la que les es inferior. La virtud esencial del hombre culto es la ecuanimidad, el ánimo igual con todas las gentes y en todas las ocasiones. El bárbaro no acierta a ser ecuánime: es siervo o es tirano.

Veamos de qué manera se puede hacer un filósofo. Primera: se puede hacer aleatoriamente, por casualidad y luego por rutina. Un mozo entra en la facultad de filosofía de una universidad, se gradúa y sale, como catedrático, a enseñar a su vez aquello que aprendió. Este es un filósofo bárbaro, puesto que en lugar de ejercitar su razón se conforma con conocer unos cuantos pasos gimnásticos y piruetas de la inteligencia. Es pedante, claro está, Pero éste no cuenta. Segunda: ahora no se trata de un mozo cualquiera; antes bien, de un mozo vanidoso y con algún temperamento. Temperamento es la suma de los instintos característicos de una persona determinada, su manera peculiar de reaccionar enfrente de la realidad. El temperamento es una cualidad específica, diferente en cada persona, así como la razón genérica y universal, y sus frutos unánimes, vengan de donde vinieran. Este mozo cae en la facultad de filosofía, y si es inteligente, no se contentará con menos que con erigir en sistema universal una filosofía según la cual se justifiquen y satisfagan las inclinaciones y tendencias de su temperamento. Este será otro filósofo bárbaro, por muy interesante, por muy inteligente que sea; y pedante, claro está. Tercera: nos hallamos ya en el caso del filósofo culto. En la raíz o iniciación de toda filosofía culta hay un acto de buena voluntad, un deseo humilde y digno de ver claro dentro de uno mismo. Y lo primero que se advierte, cuando se trae la mirada a las regiones silenciosas del espíritu, es que hay dos manaderos cuyo caudal se mezcla de continuo: el del instinto o, por mejor decir, el de los instintos y temperamentos, y el de la razón. Se descubre más tarde que las venas ocultas del de la razón vienen de lejos, más alla de la propia persona, e igualmente afluyen en la razón de todas las demás personas, y que las del instinto nacen en el recinto obscuro y angosto del cuerpo individual y mortal. De donde deduce que así como sus sentimientos y emociones son suyos, propiamente suyos y diferentes de los demás hombres —por donde, si quiere darles expresión estética, artística, buscará una forma personal, un estilo propiamente suyo— su discernimiento, o sea operación de su razón, ha de contrastarse y solicitar la aquiescencia de sus semejantes. Y así, desde que florece hasta que sazona, la filosofía culta es un acto continuo de humildad y suele conducir al *solo sé que no sé nada*. La filosofía bárbara, por el contrario, desde que comienza a hincharse hasta que alcanza la última turgencia e inflazón, es un acto continuo de infatuación, impertinencia y petulancia. La misma «Crítica de la Razón pura», de Kant, escrita al parecer con el propósito de demostrar que nada podemos saber, es a modo de una cortina de niebla detrás de donde se escucha en todo momento una voz agria e inmaterial, diciendo: «nada podéis saber; yo he amojonado para los siglos de los siglos los límites del conocimiento; pero no se olvide que esto no lo podía llevar a cabo nadie sino yo, Manuel Kant, que todo lo sabe».

El discernimiento es una operación subitánea, de conjunto. La razón ve las cosas en su acabamiento ideal; conoce por intuición, totalmente, de tal suerte, que si en el mismo punto de este conocimiento se nos requiriese a que lo expresáramos, no sabríamos cómo, o quizá sabríamos expresar su resultado o fórmula última; pero nunca, en el primer momento, el cómo llegamos hasta él ni por qué es tal conocimiento. Esta función corresponde a la inteligencia discursiva. De aquí que la saturación interior de preocupaciones fundamentales, que constituyen la aptitud para la filosofía clásica, se resuelve necesariamente en dos formas sensibles de expresión. Primera: la forma intuitiva o artística, la metáfora, mediante la cual el que la recibe acompaña en el conocimiento intuitivo a quien la concibe. (El alto linaje espiritual de la metáfora es tan imperioso, que no hay filósofo bárbaro que alguna vez no se haya visto obligado